

2. Por una definición nueva del Patrimonio Andaluz

2.1. A modo de parábola...

Imagínese que la herencia que recibe una familia es una casa rodeada de un jardín y huerta y situada en un barrio de una determinada ciudad. En la casa existen muebles, cuadros, joyas, todos ellos valiosos. También existen grandes árboles y un riachuelo cruza la parte posterior de la parcela. Todos estos elementos, cuidados por las generaciones precedentes, no eran considerados como un todo, sino que interesaban por su valor individual. Se apreciaba el cuadro de firma, pero no se cuidaba en exceso el contexto de la habitación en que se hallaba y, mucho menos, se establecían relaciones entre dicho cuadro y el cultivo de la huerta o el cuidado del jardín.

Las personas que reciben en herencia esta casa y su terreno prolongan la ocupación familiar de la misma hacia el futuro. No obstante, algunas cosas cambian. La ciudad en la que viven evoluciona; su crecimiento físico, sus transformaciones, los cambios sociales y económicos que tienen lugar en su seno hacen que la situación de la propiedad heredada adquiera nuevas ventajas (por ejemplo, ha podido ganar centralidad al crecer la ciudad, ha podido incrementar su valor al ponerse de moda el barrio en el que se encuentra, o puede ser más accesible al centro porque se ha abierto una vía de circunvalación, etc.). Además, estos cambios en la ciudad hacen que se valore de otra manera las características de la finca. Así, pese a ser una casa con algunos problemas, resulta que puede ser aprovechada como restaurante, ya que existe una demanda creciente por parte de los habitantes de esa ciudad por visitar establecimientos donde no sólo se coma bien, sino en los que se pueda disfrutar de una relación armoniosa entre el local donde se almuerza o cena y el jardín.

La familia encuentra así en el negocio de la hostelería una buena fuente de recursos que le permiten no sólo mantener un nivel de vida adecuado, sino, sobre todo, mejorar las condiciones de la casa y de la finca en la idea de que su buena conservación asegurará su atractivo como recurso económico, con lo que se combina la belleza de la finca con su utilidad. Poco a poco, las actividades se reorientan hacia las nuevas funciones (la producción de la huerta puede hacer más atractivos y vendibles los platos del menú, el jardín puede servir como terraza en épocas de buen tiempo y como paseo durante el invierno). Y, a partir del éxito en la elección del modelo de negocio, sus habitantes deciden mejorar su formación en campos como la restauración alimenticia, la jardinería, los cultivos de huerta, etcétera, labores que hasta aquel momento la familia había realizado sólo secundariamente y sin preocuparse por su capacitación. Las nuevas demandas de la ciudad, las nuevas funciones en la finca, potencian una dignificación de trabajos que hasta aquel momento habían sido considerados como poco relevantes.

La ciudad donde se ubica la finca sigue creciendo, evolucionando. Las modas

de consumo cambian; sin embargo, algo que permanece como una constante es la relación con su pasado, con su historia. La familia dejará en herencia la finca a nuevos ocupantes y éstos seguirán mejorando sus instalaciones y para ello no tendrán que derribar la casa o ampliarla a costa del jardín y el huerto -al contrario que otras fincas que han degradado sus instalaciones como recurso útil-. Nuevos usos no agresivos pueden plantearse: la ocupación de parte de la casa como un pequeño hotel o la creación de un pequeño taller de restauración de muebles antiguos en alguna dependencia de la planta baja.

El reto de los habitantes es el de saber adecuarse en cada momento a las condiciones de vida de la ciudad tomando como recurso fundamental las características de su finca. Su historia, su evolución, proporcionan las pistas, las claves, que permiten una adaptación con éxito a las nuevas demandas.

En el contexto diseñado anteriormente, el **patrimonio** sería la herencia de la familia, tomada no sólo como una serie de elementos que la familia adquirió en el pasado sin ninguna coherencia; sino también como el conjunto de bienes dotado de una cierta finalidad, por ejemplo que sirva para el desarrollo social, económico y cultural de dicha familia. Para ello, debe tenerse en cuenta que buena parte de esa herencia no sólo son objetos materiales y tangibles, sino que también es herencia la educación que han recibido sus miembros, la forma en la que ocupan la finca, la manera de valorar las relaciones que mantienen entre sí y con el resto de los habitantes de la ciudad y, también, la capacidad de reconocerse en todos estos elementos tangibles y no tangibles que han heredado, de transformarlos para que les sigan siendo útiles sin destruir su esencia histórica y de legarlos mejorados a los futuros descendientes de la familia.

Pensemos ahora que la familia son los andaluces, tomados éstos como personas que han nacido y/o viven en Andalucía y que su finca es el territorio andaluz, con todas las diferencias internas que le proporcionan aún más riqueza. La casa es el conjunto de los asentamientos de población -pueblos y ciudades-, la huerta los espacios agrarios y el riachuelo y zonas limítrofes, los espacios naturales. Por último, la ciudad en la que se ubica la finca es el entorno exterior en el que se proyectan las relaciones de la región, que puede ser, según se posean visiones de mayor a menor alcance, España, Europa, el contexto socioeconómico occidental o el planeta en su conjunto.

2.2 ... o en otras palabras

El Patrimonio Histórico Español es el principal testigo de la contribución histórica de los españoles a la civilización universal y de su capacidad creativa contemporánea, ... su valor lo proporciona la estima que, como elemento de identidad cultural, merece a la movilidad de los ciudadanos. Porque los bienes que lo integran se han convertido en patrimoniales debido exclusivamente a la acción social que cumplen, directamente derivada del aprecio con que los mismos ciudadanos

los han ido revalorizando. (Artículo X, Ley 16/1985, de 25 de junio, del Patrimonio Histórico Español)

El Patrimonio Histórico Andaluz se compone de todos los bienes de la cultura, en cualquiera de sus manifestaciones, en cuanto se encuentren en Andalucía y revelen un interés artístico, histórico, paleontológico, arqueológico, etnológico, documental, bibliográfico, científico o técnico para la Comunidad Autónoma. (Artículo 2, Ley 1/1991, de 3 de julio, de Patrimonio Histórico de Andalucía.)

Pocas palabras tienen un contenido tan resonante y cargado de significación como la de *patrimonio*. Quizás convenga aligerar o matizar este término de forma que se relativice su excesiva dependencia del pasado y se ligue más al presente.

Ahondando en la idea anterior, es importante subrayar que el patrimonio es un concepto cultural o, lo que es lo mismo, sólo es patrimonio lo que un grupo asume como tal en un momento histórico determinado. Sin el reconocimiento de un grupo humano, el patrimonio no deja de ser un fenómeno cultural más. Por ejemplo, el modo de celebrar una fiesta puede ser simplemente la manera en que un grupo humano se divierte; en cuanto esa fiesta es asumida como un fenómeno en el que reconocerse, se está creando patrimonio. Y es aquí donde entra su dimensión histórica, y paralelamente simbólica. Sólo así puede comprenderse la veneración que asumen determinados objetos o inmuebles que han ido adquiriendo una plusvalía colectiva o valor patrimonial a lo largo de la historia.

El Patrimonio une y sirve, entre otras cosas, para crear lazos de identidad en un grupo social; a menudo, es la historia la que ha dejado los mejores elementos en los que reconocerse (un edificio, un puente). Así, la historia es un componente esencial de la palabra patrimonio, pero no él único. El patrimonio es desde luego la memoria común y compartida, pero también es todo aquello del presente y los proyectos de futuro en los que se reconoce un colectivo; algo así, permítase la figura, como que la tierra prometida ya era un patrimonio del pueblo judío mucho antes de llegar a ella... Qué mejor ejemplo de que el patrimonio reside, antes que en las obras de arte y monumentos, en la mente colectiva de los pueblos.

Entonces, cabe la pregunta, ¿todo es patrimonio? Es en este punto donde hay que añadir una nueva nota caracterizadora: el patrimonio debe servir socialmente. El patrimonio ha de tener una intencionalidad, que no es otra cosa que la de servir como factor de desarrollo al colectivo al que pertenece. Esto es necesario entenderlo en el marco de la constante transformación socioeconómica que afecta a los países occidentales y que aboca hacia un nuevo modelo social donde los recursos tradicionales (industria, agricultura...) deben ser redefinidos y adaptarse a las nuevas demandas de los ciudadanos. La crisis de algunos sectores tradicionales condiciona la búsqueda de nuevos recursos, de una nueva significación de los ya disponibles o de los no tenidos como tales hasta el momento actual. Entre los recursos en redefinición se sitúa el patrimonio, que pasa de estar concebido como un conjunto de elementos de valor artístico variable que deben ser protegidos, a convertirse en un factor clave para dinamizar y potenciar el desarrollo de ciudades

y territorios. El concepto de patrimonio, con su dimensión medioambiental, social y económica, transforma el escenario de relación de muchas viejas ciudades industriales europeas y, convertido en recurso renovado, emerge como uno de los principales factores de desarrollo tanto en estas ciudades y sus regiones, como en otras que, hasta la actualidad, han sido territorios dependientes y marginales de los centros de control del sistema económico.

A la luz de este complejo panorama en el que el valorar al patrimonio, se impone una labor reflexiva, crítica y renovadora del mismo. Este pasa a ser definido como todo aquello que un colectivo crea y en lo que se reconoce y sobre lo que, además, adopta una actitud consciente y provechosa. Una interpretación generosa del patrimonio, que incluya todas las corrientes culturales y que valore de forma integrada el patrimonio cultural y el medioambiental, el urbano y el rural, el autóctono y el traído por los colectivos inmigrantes, es la señal de las sociedades progresistas de este fin de milenio.

La Ley de Patrimonio Andaluz nace con el objetivo de desarrollar en el territorio autónomo una legislación propia sobre los aspectos que ya recogía la Ley 16/1985 de 25 de junio, del Patrimonio Histórico Español, en la idea de profundizar y matizar las características propias del patrimonio andaluz. No obstante, se identifican en ella algunas ideas restrictivas del concepto de patrimonio, ya que su texto no salva la escisión entre patrimonio natural y patrimonio cultural. Esta carencia, derivada de una falta de perspectiva integral del patrimonio, se deja notar en un cierto divorcio entre las políticas patrimoniales y las medioambientales. Los documentos legales y normativos elaborados en los años noventa sobre el patrimonio cultural o ambiental incorporan prescripciones en orden a superar la barrera que impone la falta o escasa cooperación entre Administraciones.

La Carta sobre Patrimonio y Desarrollo pretende subrayar las claves que permiten la valoración del Patrimonio Andaluz cultural y natural de una forma absolutamente interrelacionada. El hilo que se propone para hilvanar estos dos campos del patrimonio, tal y como ya se ha adelantado, es el territorio; o, de otra forma, se intenta demostrar la hipótesis de que se puede llegar a una mejor percepción, valoración, aprovechamiento y reflexión del patrimonio propio desde el territorio en el que vive el individuo.

Conviene, no obstante, recordar que, con ser una base amplia y flexible sobre la que entender el patrimonio, el territorio no encierra todo el patrimonio andaluz; tal y como sucede en otras regiones y países. Gran parte de este ha de ser entendido más allá de las fronteras administrativas de la región (aves migrantes, cultura andaluza en otras regiones españolas, la presencia andaluza en América o en el Norte de Africa, etcétera), son algunos ejemplos que evidencian la necesidad de entender el patrimonio como algo no exclusivo de un territorio y pueblo determinado, sino como un bien que se presta, se cede, se exporta y, a veces, retorna, produciendo recursos de patrimonio nuevos y obligando a métodos de análisis flexibles que se basen sobre la riqueza que aportan las relaciones interculturales.